



Revisión sistemática acerca de la influencia del apego establecido en la infancia en la conducta antisocial adolescente

TRABAJO FIN DE GRADO DE PSICOLOGÍA

Facultad de Psicología y Logopedia

Universidad de La Laguna

Autora:

Adriana Pérez González

Tutora:

Encarnación Olmedo Castejón

Curso académico 2021-2022

RESUMEN

Cada vez se tiene más presente el hecho de que la adolescencia es un período de alto riesgo para involucrarse en conductas delictivas, sobre todo en aquellos adolescentes con escasos niveles de empatía o que carecen de una relación de apego parental segura (Allen et al. 2002; Broidy et al. 2003). En relación a este problema, la presente revisión sistemática pretende sintetizar la información empírica disponible respecto al papel del apego en el desarrollo de conductas antisociales de los adolescentes. Parece que la creación de una relación de apego seguro entre el niño y su cuidador principal durante la primera etapa de la vida, es un factor protector posteriormente en la adolescencia contra actos violentos y patrones antisociales de cognición, comportamiento e interacción.

PALABRAS CLAVE: apego, estilos de apego, conducta antisocial, conducta delictiva, adolescentes.

ABSTRACT

There is growing awareness that adolescence is a high-risk period for engaging in criminal behaviour, especially among adolescents with low levels of empathy or lack of secure parental attachment (Allen et al., 2002; Broidy et al., 2003). In this regard, the current systematic review aims to synthesize the available empirical information on the role of attachment in the development of antisocial behaviour in adolescence. It appears that establishing a safe attachment between the child and his or her primary caregiver early in life is a protective factor later in adolescence against violent actions and antisocial patterns of cognition, behaviour and interactions.

Keywords: attachment, attachment styles, antisocial behaviour, criminal behavior, teenagers.

1. INTRODUCCIÓN

El apego es la conexión emocional y profunda que se establece entre un niño y su cuidador principal en los primeros años de vida. Es un lazo afectivo duradero caracterizado por una tendencia a buscar y mantener la proximidad hacia una persona específica (Ainsworth, 1982; Bowlby, 1970). Esta relación se construye recíprocamente entre padres e hijos; son las expresiones emocionales del niño, más las respuestas contingentes y adecuadas del adulto, lo que va a permitir el éxito de ese sistema de interacción adulto-niño. Cuando estos elementos fallan, el establecimiento del vínculo se ve alterado. Por lo tanto, el apego se define como un sistema de regulación mutua, donde existe una influencia recíproca entre adulto y niño a lo largo del tiempo.

Ainsworth et al., (1982) diseñaron un procedimiento de observación llamado “la situación extraña”, para evaluar el grado y la forma en la que los niños se vinculan con su cuidador principal. Esta técnica permite estudiar las reacciones que el niño tiene ante diferentes situaciones amenazantes para él. Ainsworth et al., (1982) identificaron tres tipos principales de apego, descritos como “seguro”, “evitativo” y “ansioso-ambivalente”. Posteriormente Main y Solomon (1990) con sus estudios, introdujeron el apego “desorganizado”, que representa una mezcla entre el ansioso y el evitativo.

El apego seguro se caracteriza porque el niño se siente querido, aceptado y valorado por su cuidador principal. Estos niños manifiestan comportamientos activos, interactúan de manera confiada con el entorno y existe una incondicionalidad entre el menor y la figura vincular de apego. Los niños con apego evitativo, por el contrario, presentan distintas conductas de distanciamiento; la conducta de los cuidadores no ha generado en ellos suficiente seguridad, haciéndolos sentir poco queridos y valorados, provocando, en consecuencia, un distanciamiento emocional por parte del menor. Estaríamos ante niños que no expresan ni entienden las emociones de los demás, evitando las relaciones de intimidad. El apego ansioso-ambivalente lo representan aquellos cuidadores que muestran inconsistencias en las conductas de cuidado y seguridad; son impredecibles, a lo que el niño responde con desconfianza, incertidumbre y ansiedad. Por último, en el apego desorganizado, el menor muestra comportamientos contradictorios e inadecuados, fruto de conductas negligentes e inseguras por parte del cuidador. El niño desarrolla miedos y actúa de forma impulsiva e hipervigilante (Bowlby, 1977).

Numerosos estudios longitudinales (Jacobson y Wille, 1986; Main, Kaplan y Cassidy, 1985; Sroufe, Carlson y Shulman, 1993; Troy y Sroufe, 1987; Waters, Wippman y Sroufe, 1979), han demostrado que los niños pequeños que manifiestan un apego seguro durante la

infancia, tienen posteriormente en la adolescencia, mejores resultados en aspectos como autoestima, independencia y autonomía, amistades duraderas, confianza e intimidad, relaciones positivas con los padres y otras figuras de autoridad, control de impulsos, empatía, resiliencia frente a la adversidad y éxito escolar.

Más allá de la función básica que cumple el establecimiento del apego seguro (proporcionar seguridad y protección), hay otras funciones importantes para el correcto desarrollo de los niños (Levy & Orlans, 1995, 1998):

- Desarrollar confianza y reciprocidad, sirviendo como modelo para futuras relaciones afectivas.
- Explorar el entorno con sentimientos de seguridad y protección, lo que conduce a un desarrollo cognitivo y social saludable.
- Desarrollar la capacidad de autorregulación, lo que da como resultado un correcto manejo de los impulsos y las emociones.
- Crear una base para la formación de la identidad, que incluye un sentido de competencia, autoestima y un equilibrio entre dependencia y autonomía.
- Establecer un marco moral prosocial, que implica empatía, compasión y conciencia.
- Generar el sistema de creencias central, que comprende valoraciones cognitivas de uno mismo, de los cuidadores, de los demás y de la vida en general.

Muchos niños, sin embargo, no experimentan vínculos seguros con sus respectivos cuidadores, quedándose sin una base crucial para un desarrollo saludable. En consecuencia, suelen convertirse en niños impulsivos, carentes de conciencia y empatía, incapaz de dar y recibir afecto, agresivos y violentos (Terry M. Levy y Michael Orlans, 2000).

Bowlby (1977), después de realizar varios estudios tanto con niños institucionalizados por haber cometido algún acto delictivo, como con niños que habían sido separados de sus cuidadores a edades tempranas, concluyó que la capacidad de resiliencia de estos menores estaba influenciada por el vínculo formado en los primeros años de vida. Estos estudios arrojaron la hipótesis de que el tipo de relación que se establece entre el bebé y su cuidador es determinante en la conducta y desarrollo emocional posterior en la etapa adulta. La capacidad del individuo de establecer vínculos afectivos en la etapa adulta, dependerá de la experiencia que haya tenido con sus figuras significativas de apego en la etapa infantil (Bowlby, 1988).

La ética y las teorías criminológicas han considerado durante mucho tiempo como relevantes para el desarrollo de conductas prosociales y comportamientos antisociales, los lazos afectivos establecidos entre los niños y sus cuidadores (Van IJzendoorn, 1997).

El término "comportamiento antisocial" hace referencia a acciones que dañan a otros, que violan normas sociales y/o violan el derecho personal o derechos de propiedad de otros (Burt y Donnellan, 2009). Farrington (2005) definió como "antisocial" el conjunto de comportamientos que van en contra de cualquier regla establecida o que va en contra del comportamiento normal. Para Farrington, el comportamiento antisocial durante la niñez y la adolescencia incluiría impulsividad, robos, vandalismo, agresiones físicas y psicológicas, bullying, fugas de casa y trastornos de conducta. Cabe señalar que para algunos autores, el concepto de comportamiento antisocial a día de hoy es vago, poco claro y subjetivo (Thomas, 2005; Ashworth, 2004; Brown, 2004). No existe consenso sobre su definición.

Según Nelson, Stage, Duppong Hurley, Synhorst y Epstein (2007), el estudio de los factores de riesgo forma parte de una nueva disciplina de la psicopatología del desarrollo. Estos factores de riesgo se han estudiado sobre todo en relación a la aparición de problemas en el comportamiento. Esta disciplina se basa en la creencia de que una exposición significativa a factores de riesgo se asociaría con resultados negativos a largo plazo en la vida (Siti Hajar et al., 2016). Por lo tanto, la carencia de un correcto vínculo afectivo durante la infancia podría estar en la base del desarrollo de comportamientos antisociales durante la adolescencia.

Los valores, las actitudes y los comportamientos prosociales se aprenden a través de cuatro procesos psicológicos en un contexto de relaciones con apego seguro: el modelado por los padres u otras figuras de apego, la internalización de valores y comportamientos de los padres u otras figuras de apego, la sincronización y reciprocidad en las primeras relaciones de apego, y el desarrollo de un sentido positivo de sí mismo. Cuando la familia no promueve un apego seguro o experiencias de socialización adecuadas, el niño se encuentra en riesgo de interiorizar valores y normas antisociales, desarrollando trastornos de la conducta y falta de moralidad generalizada (Waters et al., 1979; Zahn-Waxler, Radke-Yarrow, Wagner y Chapman, 1992).

Según Raine (1993), los adolescentes que de niños experimentaron déficits en el vínculo con su figura de apego, eran tres veces más propensos a cometer crímenes violentos. El filósofo Rawls (1971), en su teoría de la justicia, sugirió que la ausencia de sentimientos empáticos en los adolescentes puede indicar falta de vínculos afectivos establecidos con los padres u otras figuras principales de apego. Un componente central del

modelo criminológico de Hirschi (1970) es la afirmación de que los vínculos inseguros entre los niños y los padres conducen a lazos frágiles con figuras de autoridad y, en consecuencia, a la falta de identificación con el orden social y moral.

La presente revisión se centra en la adolescencia porque en la bibliografía ha quedado demostrado que el comportamiento antisocial alcanza su punto máximo durante esta, y disminuye rápidamente después de los 18 años de edad. Por ejemplo, Moffitt (1993), proporcionó una descripción de la asociación entre la edad y los arrestos por conductas delictivas en menores de edad, encontrando que sólo un pequeño porcentaje de estos seguían cometiendo actos delictivos durante la etapa adulta.

Alguna de las hipótesis planteadas para explicar la relación entre la carencia de un vínculo afectivo en la infancia y la conducta antisocial adolescente, ha sido la propuesta por Greenberg y Speltz (1988), quienes sugieren que los problemas de conducta se consideran estrategias para ganar la atención y la proximidad de los cuidadores, ya que de otro modo estos no responderían a las señales de apego manifestadas por el niño.

Por otro lado, Hirschi (1970) describe el apego como una relación afectiva que facilita la internalización de las normas. Si el vínculo afectivo falla, no se desarrollará una conciencia social, y por ende, se pierde el respeto hacia los demás y hacia la autoridad. Desde su teoría del control social de la conducta delictiva, propone que esta es el resultado de los vínculos débiles existentes entre los delincuentes con las instituciones y convenciones sociales. Se espera un comportamiento delictivo cuando los individuos carezcan de uno o más vínculos fuertes con el sistema social, vínculo que es proporcionado por las principales figuras de apego desde temprana edad.

La presente revisión sistemática tiene como objetivo sintetizar la información empírica disponible respecto al papel que desempeña el apego en el desarrollo de conductas antisociales en los adolescentes. Desde el punto de vista del apego, la información recogida en el presente trabajo, puede proporcionar una perspectiva útil para comprender por qué los adolescentes se involucran en este tipo de conductas. Así como ser útil a los profesionales que emplean intervenciones centradas en los padres, para familiarizarlos con el concepto de apego y aplicar programas de prevención que traten de mejorar el vínculo entre padres e hijos, fomentando el desarrollo social de los niños y reduciendo posibles conductas antisociales en etapas posteriores.

2. MÉTODO

La revisión sistemática se ha realizado mediante un vaciado documental, llevado a cabo siguiendo el método PRISMA (elementos preferenciales para informar sobre revisiones sistemáticas y metanálisis). Las bases de datos seleccionadas para la búsqueda han sido las siguientes; **Pumbed, Science Direct, Scopus y Punto Q.**

Las palabras claves utilizadas en la exploración han sido, en inglés; "attachment", "attachment styles", "antisocial behaviour", "criminal behavior", "attachment and antisocial behaviour", "attachment and criminal behavior". Y en castellano; "apego", "estilos de apego", "conductas antisociales", "conducta delictiva", "apego y conducta antisocial", y "apego y conducta delictiva". Tras la búsqueda, han aparecido respectivamente para cada una de las bases de datos la siguiente cantidad de resultados; 233, 5.356, 407 y 32.034. Para todos los casos se ha cribado la información en función del tipo de documento (artículos), la materia (Psicología) y el título, debiendo incluir este las palabras claves mencionadas anteriormente.

Tras el cribado, se ha obtenido la siguiente cantidad de resultados; en Pumbed 233, en Science Direct 48, en Scopus 16 y en Punto Q 21. De los en total 318 resultados, tras un nuevo filtrado en función del título, las palabras claves del artículo y la lectura del resumen se han seleccionado 23 artículos. Tras la eliminación de duplicados y una nueva lectura de resúmenes, se han seleccionado para la presente revisión 7 artículos. Posteriormente, y atendiendo a los criterios de inclusión, se identificaron y seleccionaron 4 investigaciones más, halladas por búsqueda libre, contando definitivamente con un total de 11 artículos para la revisión sistemática.

Los estudios seleccionados en la presente revisión sistemática debían cumplir con los siguientes criterios de inclusión: contener las palabras clave tanto en el título como en el resumen, estar escritos en inglés o en español, y poder acceder a ellos. No se establecieron restricciones en función de factores culturales o geográficos. El rango de inclusión de edad de las investigaciones se encuentra entre los 12 y los 19 años.

Los criterios de exclusión engloban a todos aquellos estudios cuyo rango de edad en los participantes superan los 19 años o están por debajo de los 11. Se excluyeron los estudios si eran tesis doctorales, revisiones sistemáticas, comentarios o libros.

Los instrumentos utilizados en los artículos para evaluar los tipos de apego y los comportamientos antisociales han sido; encuestas de Autoinformes (Cantor y Lynch, 2000), el Inventario de Apegos con Padres e Iguales (Armsden y Greenberg, 1987), la Escala de Autonomía Emocional (Steinberg y Silverberg, 1986), el Inventario del Informe de los Niños sobre el Comportamiento de los Padres (Schaefer, 1965), el Instrumento de Vinculación Parental (Parker, Tupling y Brown, 1979), el Índice de Empatía para Niños y Adolescentes (Bryant, 1982), Cuestionario de Fortalezas y Dificultades (Goodman, 2001), el Cuestionario de Características de Personalidad (Duijsens, Eurlings-Bontekoe y Diekstra, 1996), el Psychopathy Checklist: Youth Version (Forth, Kosson, Hare, 2003 y Zúñiga, 2008), el Cuestionario de Agresión de Buss y Perry (1992) y el Cuestionario CC-A (Martorell et al., 2011)

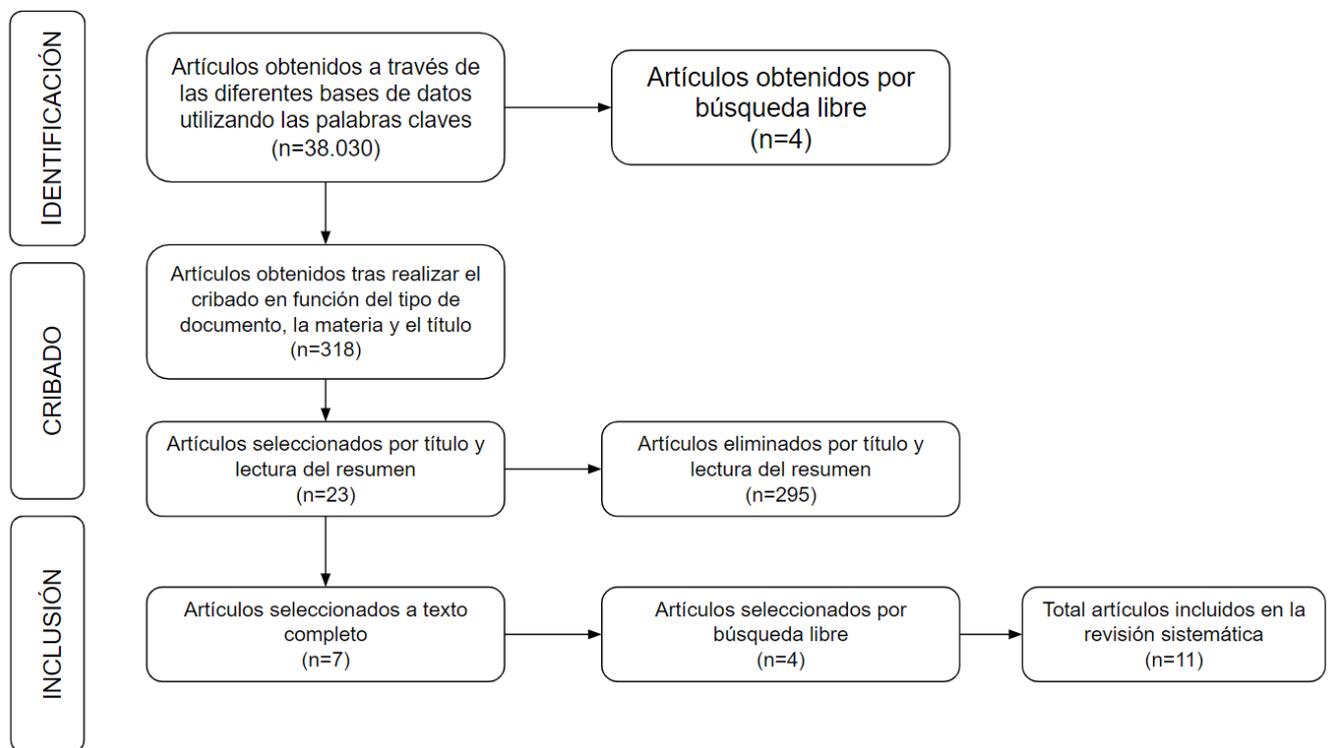


Figura 1. Diagrama de flujo PRISMA. Diagrama de flujo de la información a través de las diferentes fases de la revisión sistemática.

3. RESULTADOS

La presente revisión sistemática está conformada por un total de 11 investigaciones, comprendidas entre los años 1996 y 2022, con una muestra en su conjunto de 13.184 sujetos, cuya media de edad se encuentra en los 15,6 años.

Los resultados de los artículos incluidos en la presente revisión sistemática van en consonancia con las formulaciones teóricas existentes sobre el tema, los adolescentes con apego seguro informan menos participaciones en conductas antisociales que sus iguales con apegos inseguros.

Consuelo Arbona y Thomas G. Power (2003) encontraron que los adolescentes con puntuaciones altas en apego ansioso y apego evitativo, tenían correlaciones positivas con la participación autodeclarada en conductas antisociales. Lo mencionado es congruente con los hallazgos de Alfredo S. et al., (2010), quienes encontraron que las escalas de agresividad y retraimiento del cuestionario CC-A, correlacionan significativamente con los estilos de apego ansioso y evitativo. Asimismo, José Carlos Celedón y Beatriz Barón et al., (2016), en una muestra perteneciente al Sistema de Responsabilidad Penal para adolescentes, encuentran que en los adolescentes con conductas antisociales predominan los estilos de apego ansioso y evitativo, primando el estilo evitativo. En la misma línea, Elise Maalouf et al., (2022), detectan mayores puntuaciones de agresión física y verbal, especialmente entre los adolescentes con vínculos de apego evitativo. Los resultados de los estudios de Joseph P. Allen et al., (2002) y Marrie Bekker et al., (2011), van en la misma línea que lo mencionado anteriormente, encontrando mayor correlación con el estilo de apego ansioso.

La mayoría de las investigaciones coinciden en que el género es una variable moderadora en la participación en conductas antisociales; son los adolescentes varones quienes más participan en ellas, además de mostrar menor sensibilidad hacia los demás y considerar estas conductas como más legítimas en comparación con las mujeres (Robert F. y Phyllis D.S. Betzer, 1996; Marrie H.J. Bekker, Nathan Bachrach y Marcel A.Croon, 2007; Andrew Dane, Richard Kennedy et al., 2012). En relación a esto último, es el apego inseguro hacia la madre, y no hacia el padre, el que pone a los hombres en mayor riesgo que a las mujeres en respaldar creencias antisociales (Andrew Dane, Richard Kennedy et al., 2012).

El estudio de Marrie Bekker et al., (2007), encuentra también diferencias de género en cuanto al estilo de apego establecido y a sus respectivas consecuencias sociales. Así, los hombres informaron niveles más altos de apego evitativo, mientras que las mujeres mostraron mayores niveles de apego ansioso. Pero son los altos niveles de apego ansioso en los hombres los que están asociados con altos niveles de comportamiento antisocial, mientras que en las mujeres tal relación está ausente (Marrie Bekker, Nathan Bachrach y Marcel A.Croon, 2007). Este descubrimiento va en consonancia con lo hallado en otros

estudios en los que se encuentra que el apego ansioso en los hombres podría implicar un aumento en el riesgo de participación en conductas antisociales, y para las mujeres un mayor riesgo, entre otros comportamientos, en conductas perturbadoras hacia sí mismas, como ansiedad y depresión (Bekker y Belt, 2006; Hoffmann, Powlishta y White, 2004).

En cuanto al apego hacia los padres, los estudios recogen diferencias en los roles parentales como predictores de la conducta antisocial. Así, se encontró que las variables de apego hacia la madre contribuyen en mayor medida que el apego hacia el padre en la participación de los adolescentes en conductas antisociales. La evitación y la ansiedad hacia la madre se asociaron con una mayor implicación autodeclarada en conductas antisociales (Consuelo Arbona y Thomas G. Power, 2003; Siti Hajar, et al., 2016; Andrew Dane, Richard Kennedy et al., 2012). Además, Allen et al., (2002) encuentran que las demostraciones de autonomía materna eran predictivas de niveles crecientes de conducta delictiva a lo largo del tiempo.

Debido a que algunos autores han sugerido que las relaciones de apego proporcionan la base para el desarrollo de la empatía, que a su vez afecta a la expresión de comportamientos antisociales (Bowlby 1988; Carlson y Sroufe, 1955), algunos estudios añaden la variable empatía, encontrando que el apego seguro es un predictor significativo para el desarrollo de ésta, mediado parcialmente la relación entre apego y conducta prosocial. Es decir, la presencia de un apego parental seguro conduce al desarrollo y mantenimiento de altos niveles de empatía, que a su vez incluyen una mayor propensión a responder de forma prosocial (Kelly L. Thompson y Eleonora Gullone, 2008).

Otros estudios han relacionado el apego con la vigilancia parental y los comportamientos delictivos. Así, se encuentra una asociación negativa entre apego seguro y percepciones positivas de vigilancia parental, con la autodeclaración de la posible implicación en conductas antisociales, siendo la relación más significativa y mayor en los hombres (Andrew Dane, Richard Kennedy et al., 2012). En esta línea, Siti Hajar et al. (2016), concluyen que los niños corrían el riesgo de involucrarse en comportamientos antisociales ante la ausencia de supervisión parental, observándose una mayor influencia en el descuido por parte materna. En relación a ello, los profesionales que trabajan con la muestra de adolescentes institucionalizados en régimen cerrado, afirman que la mayoría de jóvenes provienen de una dinámica familiar en la cual no existen normas claras, obligaciones ni compromisos (Alfredo S., Stella P., María de los Ángeles I., et al., 2010).

Por último, Siti Nor Yaacob et al. (2015), incluyendo la variable afrontamiento, encontraron que los adolescentes con un mayor nivel de apego parental tenían habilidades de afrontamiento más constructivas, y en consecuencia, al mostrar mayor capacidad para hacer frente a las emociones negativas y a la adversidades, menos participaciones en comportamientos agresivos.

4. DISCUSIÓN

El presente trabajo tiene como objetivo examinar el papel del apego establecido durante la infancia en el desarrollo de conductas antisociales en los adolescentes. Los resultados determinan que existen asociaciones significativas entre las variables estudiadas, encontrándose estilos de apego predominantes en la manifestación de este tipo de comportamientos, diferencias de género y otras variables relacionadas que pueden mediar la relación entre apego y conducta antisocial.

Los estilos de apego mayoritarios entre los adolescentes que manifiestan comportamientos antisociales se corresponden con los estilos ansioso y evitativo, encontrando algunas investigaciones mayor correlación con el estilo ansioso, y otras con el estilo evitativo. Todas las investigaciones de la presente revisión encuentran una correlación negativa entre apego seguro y conductas antisociales.

De los estudios incluidos en esta revisión, la gran mayoría coincide en que son los hombres quienes participan y defienden en mayor medida este tipo de conductas, además de mostrar menor sensibilidad hacia los demás en comparación con las mujeres. Una posible explicación a este hallazgo es que las mujeres podrían tener una identidad de género más caracterizada por la conexión y la protección de las relaciones íntimas (Marrie Bekker et al., 2007).

Respecto a la importancia atribuida a la figura del progenitor, es decir, a la mayor predicción del apego materno o paterno a la hora de involucrarse los adolescentes en conductas antisociales, los estudios arrojan resultados contradictorios. Algunos no encuentran diferencias; el apego a ambos progenitores interviene por igual. En cambio, algunas investigaciones otorgan mayor importancia al apego establecido con la figura materna; son las variables de apego hacia la madre y no hacia el padre, las que contribuyen de forma más significativa en la implicación de conductas antisociales en los adolescentes. Ninguna de las investigaciones ha encontrado una mayor influencia del apego paterno en relación con las actitudes y comportamientos antisociales de los adolescentes. Autores

como Chodorow (1979, 1993) y Bakker-Miller et al., (1991) consideran que la principal figura de apego en la vida de los niños es por lo general una mujer, y que el estilo de apego establecido con ella tendrá mayor repercusión en la vida del menor.

Además, otras variables relacionadas con la figura materna, como la ausencia de vigilancia o las demostraciones de autonomía, también se relacionaron con mayor participación de los adolescentes en este tipo de conductas. Joseph P. Allen et al., (2002) explican estos hallazgos argumentando que los adolescentes con estilo de apego inseguro verían las demostraciones de autonomía por parte de su figura principal de apego como una fuente de amenaza. Al no estar esa persona disponible para cubrir sus necesidades, el menor generará miedo, seguido de ira. Esto implicaría en el adolescente una desregulación en su comportamiento, reaccionando ante las demostraciones de autonomía materna con conductas delictivas, tanto para expresar su enfado, como para expresar angustia y necesidad de atención.

Se ha encontrado que la empatía es una variable, que junto a un apego seguro, puede predisponer a actuar en sentido opuesto a las conductas antisociales. Kelly et al., (2008) explican estos hallazgos argumentando que los niños con un fuerte sentido de confianza y seguridad, derivado de una buena relación con sus progenitores, están menos preocupados por satisfacer sus propias necesidades y responden más a los sentimientos y necesidades de los demás, promoviendo así reacciones empáticas con la intención de regular el malestar de los demás (Mussen y Eisenberg-Berg 1977; Collins y Feeney 2000; Mikulincer et al., 2001). En relación a ello, todos los profesionales que trabajan con la muestra de adolescentes institucionalizados en régimen cerrado, coinciden en que los jóvenes con estilos de apego ansioso y evitativo presentan dificultades en el momento de prestar ayuda, ponerse en el lugar del otro y postergar intereses propios en favor de los demás (Alfredo S., Stella P., et al., 2010). Apoyando tales resultados, Engels et al., (2001), en una muestra de 412 adolescentes con edades comprendidas entre los 12 y los 18 años, encuentran que las relaciones seguras entre padres e hijos se correlacionan con niveles más altos tanto de comportamiento prosocial, como de confianza en la propia capacidad para relacionarse con sus compañeros de manera sana y empática.

Por otro lado, la vigilancia parental también parece actuar a favor de conductas prosociales. Una relación de apego seguro, caracterizada por la confianza y la comunicación, proporciona un contexto adecuado para que los adolescentes revelen información sobre sus actividades, paradero y amigos, así como para aceptar los mensajes morales de los padres. Esto, a su vez, proporcionaría a los progenitores el conocimiento necesario para utilizar estrategias disciplinarias y resaltar lo inapropiado del comportamiento

antisocial, así como para restringir el acceso a compañeros antisociales que podrían modelar y reforzar la aceptabilidad y participación en conductas antisociales (Andrew Dane, Richard Kennedy et al., 2012). Otras líneas de investigación argumentan que los adolescentes con apego seguro se comportan de manera prosocial, no como consecuencia de una buena internalización de los valores fomentados por los progenitores, sino para complacer y no avergonzar a los mismos (Eisenberg y Valiente, 2002; Grusec, 2002; Vitaro et al., 2000).

También, parece que un apego seguro podría predecir habilidades de afrontamiento más constructivas y en consecuencia, reducir el comportamiento antisocial entre los adolescentes (Siti Nor Yaacob et al., 2015).

La investigación de Robert F. Marcus y Phyllis D.S. Betzer (1996) tuvo en cuenta la influencia que el apego hacia un igual podía ejercer en la involucración de conductas antisociales, pero no se encontró relación significativa entre las variables. Fue el apego hacia los padres el que predijo el comportamiento antisocial. Estos mismos autores argumentan que los padres representan el primer contacto con la autoridad, y una relación de mayor calidad con ellos puede hacer más probable la internalización de las normas sociales.

Para explicar la relación entre la carencia de un vínculo afectivo en la infancia y la conducta antisocial adolescente, José Carlos Celedón, Beatriz Barón et al., (2016), en la misma línea que lo propuesto por Greenberg y Speltz (1988) y Joseph P. Allen et al., (2002), consideran que los comportamientos propios de los trastornos de conducta, como rabietas, agresiones, conductas de oposición, desafío, etc, pueden formar parte de una estrategia de apego en la que el niño trataría de llamar la atención o acercarse a la figura de apego cuando ésta se encuentra indiferente a sus señales de aproximación.

5. CONCLUSIÓN

En definitiva, parece que los estilos de apego mayoritarios entre los adolescentes que manifiestan comportamientos antisociales y delictivos, se corresponden con los estilos ansioso y evitativo. Lo que no parece claro todavía es cuál de los dos posee mayor capacidad predictiva en la participación de los adolescentes en conductas antisociales. La mayoría de los estudios de la presente revisión encuentran mayor correlación con el estilo evitativo.

Por otro lado, tampoco se ha esclarecido la importancia otorgada a la figura de apego como predictor de las conductas antisociales. Algunos estudios encuentran mayor importancia del apego a la figura materna, y otros encuentran la misma importancia del apego hacia ambos progenitores. Ningún estudio del presente trabajo encuentra una mayor influencia del apego paterno, por lo tanto, es el apego hacia la figura materna o el apego hacia ambos progenitores, pero no el apego hacia la figura paterna, la que estaría relacionada con la participación de los adolescentes en conductas antisociales.

Lo que sí parece claro es que el estilo de apego seguro, junto con otras variables como la empatía, la vigilancia parental o la mayor capacidad de afrontamiento, es un factor protector contra actos violentos y patrones antisociales de cognición, comportamiento e interacción.

La mayoría de las investigaciones de la revisión coinciden en que son los hombres quienes más se involucran en conductas antisociales y delictivas, mostrando menor sensibilidad por los demás y respaldando el uso de este tipo de comportamientos en comparación con las mujeres. A estos hallazgos, las investigaciones apenas ofrecen explicaciones que esclarezcan las diferencias de género encontradas, por lo que sería interesante que futuros estudios examinen las posibles variables que intervienen en estas diferencias, así como tener en cuenta otros factores que pueden llevar a un adolescente a delinquir, como cuestiones económicas, sociales y culturales, que no se tiene en cuenta en los artículos de la presente revisión.

Solo el estudio de Robert F. Marcus y Phyllis D.S. Betzer (1996), tuvo en cuenta la influencia que un igual puede ejercer en la participación de conductas antisociales, pero no se encontró relación entre las variables.

Las futuras investigaciones sobre el tema tratado podrían estudiar la influencia que pueden tener los iguales en el compromiso de este tipo de conductas, ya que como argumenta Laursen (1998), un adolescente puede verse envuelto en conductas antisociales para ajustarse a los sistemas de creencias de amigos y/o parejas sentimentales en caso de discrepancia entre estos y los progenitores, a fin de adaptarse mejor o preservar relaciones que son menos estables.

Aunque la percepción de los adolescentes sobre sus relaciones con los padres parece ser tanto un factor de riesgo como un factor de protección para la conducta antisocial, los resultados obtenidos en la presente revisión señalan que la conducta

antisocial no puede ser reducida a trastornos del apego. Una privación en el área afectiva o emocional desde la niñez por parte de los cuidadores principales puede ser un indicador influyente en el desarrollo de conductas antisociales, pero no existe una relación causal entre apego y conducta antisocial.

Por lo tanto, y en definitiva, las representaciones de apego pueden ser un factor de riesgo para la participación en conductas antisociales más que un determinante directo de la conducta delictiva.

Una futura investigación prospectiva longitudinal ayudaría a esclarecer aún más las complejas relaciones entre el apego y el comportamiento antisocial.

6. LIMITACIONES DE LA REVISIÓN

La presente revisión cuenta con algunas limitaciones, procedentes éstas de las propias limitaciones con las que cuentan los estudios examinados.

Una de las limitaciones más importantes de los estudios es el diseño; se trata de investigaciones con un diseño transversal, el cual impide inferencias causales o temporales entre las variables. Igualmente, los pocos estudios longitudinales encontrados no proporcionan información adicional sobre los procesos intervinientes que pueden haber conducido a los cambios hallados en la investigación.

Por otro lado, la gran mayoría de los estudios que investigan los comportamientos antisociales adolescentes lo hacen basándose en estudios retrospectivos informados. Y como señalan Gauthier et al., (1996), es cuestionable basarse en encuestas retrospectivas de las experiencias de la niñez, y más cuando son de una naturaleza muy personal.

La utilización de autoinformes como medida de las variables también resulta una limitación a destacar. Por un lado, por la posible existencia de la deseabilidad social, la cual sesgaría los resultados; al estudiarse temas tan sensibles, los adolescentes podrían responder los cuestionarios de forma que queden vistos favorablemente por los demás. Y por otro, por la posible distorsión debida a la reconstrucción de la memoria autobiográfica (Van IJzendoorn et al., 1997). Para remediar esta limitación, las futuras investigaciones que trabajen con este tipo de variables, podrían incluir en sus instrumentos de medida una escala de mentira.

Otro inconveniente hallado en los artículos es el bajo nivel de consentimiento de los padres para que sus hijos rellenen los cuestionarios, consentimiento necesario al tratar la

mayoría de estudios con menores. Este inconveniente podría afectar a la representatividad de los hallazgos, ya que no se incluirían a posibles familias disfuncionales o violentas. En relación a ello, todas las muestras de las investigaciones corresponden a muestras no clínicas.

Por último, hay que tener cuidado a la hora de generalizar los resultados expuestos, ya que se necesitan más estudios que examinen el apego parental y los comportamientos antisociales en poblaciones étnicas y raciales diversas.

A pesar de estas limitaciones, los resultados de la presente revisión apoyan la sospecha de que los apegos inseguros podrían predecir indirectamente el comportamiento antisocial.

7. REFERENCIAS

Abu Bakar, S. H., Wahab, H. A., & Rezaul Islam, M. (2016). Parental attachment for at-risk children's antisocial behaviour: A case of Malaysia. *Child care in practice : Northern Ireland journal of multi-disciplinary child care practice*, 22(2), 148–165.

Ainsworth, M. D. S. (1982). 14. The development of infant-mother attachment. En J. Belsky (Ed.), *In Thebeginning* (pp. 133–143). Columbia University Press.

Allen, J. P., Marsh, P., McFarland, C., McElhane, K. B., Land, D. J., Jodl, K. M., & Peck, S. (2002). Attachment and autonomy as predictors of the development of social skills and delinquency during midadolescence. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 70(1), 56–66.

Arbona, C., & Power, T. G. (2003). Parental attachment, self-esteem, and antisocial behaviors among African American, European American, and Mexican American adolescents. *Journal of Counseling Psychology*, 50(1), 40–51.

Armsden, G. C., & Greenberg, M. T. (1987). The inventory of parent and peer attachment: Diferencias individuales y su relación con el bienestar psicológico en la adolescencia. *Journal of Youth and Adolescence*, 16, 427–454.

Ashworth, A. (2004). Social control and “anti-social behaviour”: The subversion of human rights? *Law Quarterly Review*, 120, 263–291.

Bakker-Miller, J., Jordan, J. V., Kaplan, A. G., Striver, I. P., & Surrey, J. L. (1991). *Women's growth in connection*. Guilford Press.

- Bekker, M. H. J., Bachrach, N., & Croon, M. A. (2007). The relationships of antisocial behavior with attachment styles, autonomy-connectedness, and alexithymia. *Journal of Clinical Psychology, 63*(6), 507–527.
- Bekker, M. H. J., y Belt, U. (2006). The role of autonomy-connectedness in depression and anxiety. *Depression and Anxiety, 23*(5), 274–280.
- Bowlby, J. (1977). The making and breaking of affectional bonds. *The British Journal of Psychiatry, 130*(3), 201–210.
- Bowlby, J. (1988). Developmental psychiatry comes of age. *The American Journal of Psychiatry, 145*(1), 1–10.
- Broidy, L. M., Nagin, D. S., Tremblay, R. E., Bates, J. E., Brame, B., Dodge, K. A., Fergusson, D., Horwood, J. L., Loeber, R., Laird, R., Lynam, D. R., Moffitt, T. E., Pettit, G. S., & Vitaro, F. (2003). Developmental trajectories of childhood disruptive behaviors and adolescent delinquency: A six-site, cross-national study. *Developmental Psychology, 39*(2), 222–245.
- Brown, A. P. (2004). Anti-social behaviour, crime control and social control. *The Howard Journal of Criminal Justice, 43*(2), 203–211.
- Bryant, B. K. (1982). An index of empathy for children and adolescents. *Child Development, 53*(2), 413–425.
- Burt, S. A., & Donnellan, M. B. (2009). Development and validation of the Subtypes of Antisocial Behavior Questionnaire. *Aggressive Behavior, 35*(5), 376–398.
- Buss, A. H., & Perry, M. (1992). El cuestionario de agresión. *J Pers Soc Psychol, 63*(3).
- Cantor, D., & Lynch, J. P. (2000). Self-report surveys as measures of crime and criminal victimization. En D. Duffee (Series Ed.), *Criminal justice* (Vol. 4, pp. 85–138). Government Printing Office.
- Carlson, E. A., & Sroufe, L. A. (1995). Contribution of attachment theory to developmental psychopathology. En D. Cicchetti & D. J. Cohen (Eds.), *Developmental Psychopathology* (Vol. 1, pp. 581–617). John Wiley and Sons.
- Celedón Rivera José; Barón García Beatriz; ElenaCogollo María; Miranda Yáñez Massiel; Martínez Bustos Plutarco, (2016). Estilos de apego en un grupo de jóvenes con rasgos

antisociales y psicopáticos. *Revista Encuentros, Universidad Autónoma del Caribe*, 14 (01), pp. 151 - 165.

Chodorow, N., & Notman, M. T. (1993). Book review: Feminism and psychoanalytic theory. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 41(3), 826–829.

Dane, A., Kennedy, R., Spring, M., Volk, A., & Marini, Z. (2012). Adolescent beliefs about antisocial behavior: mediators and moderators of links with parental monitoring and attachment. *The International Journal of Emotional Education*, 4(2), 4–26.

Duijsens, I. J., Eurelings-Bontekoe, E. H. M., & Diekstra, R. W. (1996). The VKP, a self-report instrument for DSM-III-R and ICD-10 personality disorders: construction and psychometric properties. *Personality and Individual Differences*, 20(2), 171–182.

Eisenberg, N., & Valiente, C. (2002). Parenting and children's prosocial and moral development. En M. H. Bornstein (Ed.), *Handbook of parenting: Practical issues in parenting* (Vol. 5, pp. 111–142). Erlbaum.

Engels, R. C. M. E., Finkenauer, C., Meeus, W., & Dekovic, M. (2001). Parental attachment and adolescents' emotional adjustment: The associations with social skills and relational competence. *Journal of Counseling Psychology*, 48(4), 428–439.

Farrington, D. P. (2005). Childhood origins of antisocial behavior. *Clinical Psychology & Psychotherapy*, 12(3), 177–190.

Forth, A. E., Kosson, D. S., & Hare, R. D. (2003). *Psychopathy Checklist Youth Version: Technical Manual*. Multi-Health Systems.

Gauthier, L., Stollak, G., Messé, L., & Aronoff, J. (1996). Recall of childhood neglect and physical abuse as differential predictors of current psychological functioning. *Child Abuse & Neglect*, 20(7), 549–559.

Giddens, A., & Bowlby, J. (1970). Attachment and loss, volume I: Attachment. *The British journal of sociology*, 21(1), 111.

Giles-Sims, J., & Chodorow, N. (1979). The reproduction of mothering: Psychoanalysis and the sociology of gender. *Journal of marriage and the family*, 41(2), 437.

Goodman, R. (2001). Psychometric properties of the strengths and difficulties questionnaire. *Journal of the American Academy of Child and Adolescent Psychiatry*, 40(11), 1337–1345.

Greenberg, M. T., & Speltz, M. L. (1988). Attachment and the ontogeny of conduct problems. En J. Belsky & T. Nezworski (Eds.), *Clinical implications of attachment* (pp. 177–218). Lawrence Erlbaum Associates Inc.

Grusec, J. (2002). Parental socialization and children's acquisition of values. En M. H. Bornstein (Ed.), *Handbook of parenting: Practical issues in parenting* (Vol. 5, pp. 143–167). Erlbaum.

Hoffmann, M. L., Powlishta, K. K., & White, K. J. (2004). An examination of gender differences in adolescent adjustment: The effect of competence on gender role differences in symptoms of psychopathology. *Sex roles*, 50(11/12), 795–810.

Izcurdia, María de los Ángeles, & Sarmiento, Alfredo, & Oteyza, Gabriela, & Siderakis, Melina, & Puhl, Stella (2010). Trastornos en el apego y su vinculación con las conductas transgresoras en los adolescentes en conflicto con la ley penal. *Anuario de Investigaciones*, XVII(),357-363.

Jacobson, J. L., & Wille, D. E. (1986). The influence of attachment pattern on developmental changes in peer interaction from the toddler to the preschool period. *Child Development*, 57(2), 338–347.

Laursen, B. (1998). Closeness and conflict in adolescent peer relationships: Interdependence with friends and romantic partners. En W. M. Bukowski, A. F. Newcomb, & W. W. Hartup (Eds.), *The company they keep: Friendship in childhood and adolescence* (pp. 186–210).

Levy, T. M., & Orlans, M. (2001). Attachment disorder as an antecedent to violence and antisocial patterns in children. En *Handbook of Attachment Interventions* (pp. 1–26). Elsevier.

Levy, T., & Orlans, M. (1995). Intensive short-term therapy with attachment disordered children. En L. Vandecreek, S. Knapp, & T. L. Jackson (Eds.), *Innovations in clinical practice: A source book* (Vol. 14, pp. 227–251). Professional Resource Press.

Levy, T., & Orlans, M. (1998). *Attachment, trauma and healing*. Child Welfare League of America Press.

Maalouf, E., Salameh, P., Haddad, C., Sacre, H., Hallit, S., & Obeid, S. (2022). Attachment styles and their association with aggression, hostility, and anger in Lebanese adolescents: a national study. *BMC Psychology*, 10(1), 104.

Main, M., Kaplan, N., & Cassidy, J. (1985). Security in infancy, childhood, and adulthood: A move to the level of representation. *Monographs of the Society for Research in Child Development*, 50(1/2), 66.

Main, M., & Solomon, J. (1990). Procedures for identifying infants as disorganized/disoriented during the Ainsworth Strange Situation. *Attachment in the preschool years: Theory, research, and intervention*, 1, 121–160.

Marcus, R. F., & Betzer, P. D. S. (1996). Attachment and antisocial behavior in early adolescence. *The Journal of Early Adolescence*, 16(2), 229–248.

Martorell, C., González, R., Ordóñez, A. y Gómez, O. (2011). Estudio confirmatorio del cuestionario de conducta antisocial (CCA) y su relación con variables de personalidad y conducta antisocial. *Revista Iberoamericana de Diagnóstico y Evaluación Psicológica*, 1(31), 97-114.

Moffitt, T. E. (1993). Adolescence-limited and life-course-persistent antisocial behavior: A developmental taxonomy. *Psychological Review*, 100, 674–701.

Nelson, J. R., Stage, S., Duppong-Hurley, K., Synhorst, L., & Epstein, M. H. (2007). Risk factors predictive of the problem behavior of children at risk for emotional and behavioral disorders. *Exceptional Children*, 73(3), 367–379.

Parker, G., Tupling, H., & Brown, L. B. (1979). A parental bonding instrument. *The British Journal of Medical Psychology*, 52(1), 1–10.

Raine, A. (1993). *The psychopathology of crime*. New York: Academic Press.

Rawls, J. (1971). *A theory of justice*. Oxford: Oxford University Press.

Sarmiento, A., Puhl, S., Izcurdia, M. D. L. Á., Siderakis, M., & Oteyza, G. (2010). Trastornos en el apego y su vinculación con las conductas transgresoras en los adolescentes en conflicto con la ley penal. *Anuario de investigaciones*, 17, 357–363.

Schaefer, E. S. (1965). Un análisis de configuración de los informes de los niños sobre el comportamiento de los padres. *Journal of Consulting Psychology*, 29, 552–557.

Sroufe, L. A., Carlson, E., & Shulman, S. (1993). Individuals in relationships: Development from infancy through adolescence. En *Studying lives through time: Personality and development* (pp. 315–342). American Psychological Association.

Steinberg, L., & Silverberg, S. B. (1986). Las vicisitudes de la autonomía en la adolescencia temprana. *Child-Development*, 57, 841–851.

Thomas, T. (2005). The continuing story of the ASBO. *Youth and Policy*, 87, 5–14.

Thompson, K. L., & Gullone, E. (2008). Prosocial and antisocial behaviors in adolescents: An investigation into associations with attachment and empathy. *Anthrozoos*, 21(2), 123–137.

Troy, M., & Sroufe, L. A. (1987). Victimization among preschoolers: role of attachment relationship history. *Journal of the American Academy of Child and Adolescent Psychiatry*, 26(2), 166–172.

van IJzendoorn, M. H. (1997). Attachment, emergent morality, and aggression: Toward a developmental socioemotional model of antisocial behaviour. *International Journal of Behavioral Development*, 21(4), 703–727.

Van IJzendoorn, M. H., Feldbrugge, J. T. T. M., Derks, F. C. H., De Rooter, C., Verhagen, M. F. M., Philipse, M. W. G., Van Der Staak, C. F. M., & Riksen-Walraven, J. M. A. (1997). Attachment representations of personality disordered criminal offenders. *American Journal of Orthopsychiatry*, 67, 449–459.

Vitaro, F., Brendgen, M., & Tremblay, R. E. (2000). Influence of deviant friends on delinquency: searching for moderator variables. *Journal of Abnormal Child Psychology*, 28(4), 313–325.

Voss, H. L., y Hirschi, T. (1970). Causes of Delinquency. *American sociological review*, 35(6), 1114.

Waters, E., Wippman, J., & Sroufe, L. A. (1979). Attachment, positive affect, and competence in the peer group: two studies in construct validation. *Child Development*, 50(3), 821–829.

Yaacob, S. N., Idris, F. A., & Wan, G. S. (2015). Parental attachment, coping efficacy and antisocial behavior among adolescents from divorced family in Selangor, Malaysia. *Journal of management research*, 7(2), 364.

Zahn-Waxler, C., Radke-Yarrow, M., Wagner, E., & Chapman, M. (1992). Development of concern for others. *Developmental psychology*, 28(1), 126–136.

Zúñiga, D. P. (2008). *Caracterización psicométrica del instrumento Psychopathy Checklist: Youth version (PCL: YV). Tesis para Magíster.*

8. ANEXOS

Los datos descriptivos y generales de cada uno de los artículos seleccionados se presentan por medio de una tabla, a través de la cual se pretende organizar y sintetizar la información recabada. De esta forma, la Tabla 1, recoge los autores, fecha de publicación, media de edad de la muestra, porcentaje de mujeres, el diseño del estudio, el diagnóstico de la muestra y los resultados. Correspondientes cada uno de ellos a los estudios incluidos en la revisión.

Tabla 1.

Características de los estudios incluidos

Autores	Tamaño de la muestra	Media de edad	% Mujeres	Diseño del estudio	Diagnóstico	Resultados
Robert F. Marcus y Phyllis D.S. Betzer (1996)	163	12,7	55,8%	Transversal	No clínico	Las conductas antisociales agresivas y no agresivas estaban relacionadas de forma moderada; cuanto más temprano se cometió el primer acto no agresivo, más temprano se ejecutó el primer acto agresivo. Cuando mayor era la conducta antisocial, menor era el apego seguro hacia los padres. Los chicos mostraron mayores actos agresivos antisociales que las chicas, pero no más actos no agresivos que las chicas. A mayor edad, mayor cantidad de actos antisociales agresivos y no agresivos cometidos. El apego hacia los padres predijo el comportamiento antisocial, pero el apego a un igual no contribuyó a explicar de forma única la varianza en las medidas del comportamiento antisocial.

Joseph P. Allen, Penny Marsh, Christy McFarland, et al. (2002)	1° Medida: 117 2° Medida: 106	1° Medida: 15,9 2° Medida: 18,1	52,9%	Longitudinal (2 años)	No clínico	Los adolescentes con un estilo de apego ansioso mostraron mayor participación en conductas delictivas. El apego ansioso predijo disminuciones en habilidades sociales a lo largo de los 2 años, así como un aumento relativo en la delincuencia, acentuada por altos niveles de autonomía materna. Las demostraciones de autonomía materna fueron predictivas de niveles crecientes de conducta delictiva a lo largo del tiempo. El estilo de apego seguro no se vinculó a niveles más altos de delincuencia a lo largo del tiempo.
Consuelo Arbona y Thomas G. Power (2003)	1.583	15,8	61,2%	Transversal	No clínico	Las puntuaciones de evitación y ansiedad hacia los progenitores se relacionaron negativamente con la autoestima y positivamente con la participación autodeclarada en conductas antisociales. Los chicos informaron mayor implicación en conductas antisociales que las chicas. Sólo el apego a la madre se asoció con los comportamientos antisociales; los que informaron de niveles más altos de evitación y ansiedad a la madre, también informaron de niveles más altos de participación en conductas antisociales.
Marrie Bekker, Nathan Bachrach, Marcel A.Croon (2007)	202	18,3	66,8%	Transversal	No clínico	Los hombres puntuaron más alto en apego evitativo y las mujeres en apego ansioso. Para los hombres, el apego ansioso tuvo un efecto directo y positivo más fuerte sobre el comportamiento antisocial que para las mujeres. Los hombres puntuaron significativamente más alto en la subescala antisocial del VKP.

Kelly L. Thompson, Eleonora Gullone (2008)	281	14,8	59,7%	Transversal	No clínico	El apego fue un predictor significativo de la empatía. Relación positiva entre empatía y apego parental seguro con comportamientos prosociales y buen trato a los animales. Relación negativa entre empatía y apego seguro con comportamientos antisociales y crueldad animal. La empatía media parcialmente la relación entre el apego y la conducta prosocial.
Alfredo S., Stella P., María de los Ángeles I. et al. (2010)	200	17	40%	Transversal	No clínico (muestra institucionalizada en régimen cerrado)	La escala de agresividad y retraimiento (CC-A) correlacionó significativamente con los estilos de apego ansioso y evitativo. La escala de aislamiento correlacionó significativamente con los estilos de apego seguro, ansioso y evitativo. Los profesionales del centro consignaron como rasgos habituales en los jóvenes falta de control de impulsos agresivos, tendencia a no establecer relaciones afectivas estables y vínculos de confianza y dificultades en la capacidad empática.
Andrew Dane, Richard Kennedy et al. (2012)	7.135	15,7	50,3%	Transversal	No clínico	Asociación negativa entre apego seguro y percepciones positivas de vigilancia parental con la autodeclaración en la posible implicación en conductas antisociales. Los hombres consideraron el comportamiento antisocial como más legítimo que las mujeres.
Siti Nor Yaacob et al. (2015)	170	15	56,5%	Transversal	No clínico	Los adolescentes que perciben mayores niveles de apego parental, tienden a una menor implicación en la conducta antisocial. Mayor nivel de apego parental mejoró la eficacia de afrontamiento de los adolescentes; los que son capaces de hacer frente a las emociones negativas son menos propensos a participar en comportamientos agresivos.

Siti Hajar, Abu Bakara, Haris Abd. Wahabb y M. Rezaul (2016)	1.434	15,5	43%	Transversal	No clínico	Los adolescentes corrían el riesgo de involucrarse en comportamientos antisociales cuando no estaban apegados a sus padres. También la ausencia de control parental influye en la participación, observándose mayor influencia cuando el descuido proviene por parte materna.
José Carlos Celedón, Beatriz Barón et al. (2016)	100	16	0%	Transversal	No clínico (muestra perteneciente al Sistema de Responsabilidad Penal)	Los jóvenes con rasgos psicopáticos moderados están más asociados a la conducta antisocial. En los adolescentes con conductas antisociales predominan los estilos de apego ansioso y evitativo, existiendo una carencia de vínculos seguros. Presentan dificultad a la hora de establecer relaciones interpersonales, así como dificultad en el desarrollo de la empatía.
Elise Maalouf, Pascale Salameh, Chadia Haddad et al. (2022)	1.810	15,4	53,3%	Transversal	No clínico	Se detectaron mayores puntuaciones de agresión física y verbal entre los adolescentes con vínculos de apego inseguros, especialmente en aquellos que manifestaban un estilo de apego evitativo. Los adolescentes con estilo de apego ansioso puntuaron más alto en hostilidad, mostrando mayores conflictos interpersonales.